

DE PIEDRA Y AGUA.



El tiempo caminaba como nosotros, a escape. No podía uno pararse y dejar pasar un día. Tampoco deprimirse. Cada cual cargaba sus penas en el morral y se echaba al monte, los unos a labrar, los otros con los ovejos. Y detrás de cada uno pasaban lentamente las estaciones, primavera (que nos caiga una buena agua), verano, otoño, invierno (que no nos salga muy frío).

Era duro vivir en una casa helada, pariendo hijo tras hijo con ayuda de las mujeres, en un pueblo cerrado donde un mal paso era para toda la vida. Curas barbilampiños de ciudad, algunos más jóvenes que nosotros, nos daban lecciones de cómo debíamos ser y comportarnos. Y después se marchaban. Pero nosotros permanecíamos aquí. A veces protegidos por esta sierra madre, capaz de darnos la vida en forma de espiga y pasto, pero también de quitárnosla. Madre nos explicaba siempre la historia de la mujer y el hombre que, viniendo de Beteta, fueron sorprendidos por una terrible nevada; no pudieron con la ventisca y los encontraron muertos, congelados, un poco más allá de los huertos. Esa era la sierra cruel que todos conocíamos. Otros apenas lograron llegar al pueblo con su hijo pequeño helándose, pero aquí la madre sierra fue más benévola y el pequeño, Patrocinio, salió adelante. Historias de partos eternos y mujeres que no los soportaban. De niños que morían enfermos, a veces de repente. Era dura la vida...

Sin embargo, a pesar de ello, la sierra nos protegía como una madre celosa. Nosotros apenas salíamos de ella, y las pocas veces que lo hacíamos eran muchas para mal. En la capital no se acordaban de nosotros para nada. Nos enviaban dos maestros y un médico y con ello ya habían cumplido. Nunca vino un político a saber de nosotros. Pero para las guerras... ahí sí que éramos imprescindibles. Cuba, la guerra de África...; no fallamos en ninguna. Lejos de sus madres, de sus esposas, de nuestra tierra, nuestros hombres dispararon contra muertos de hambre como nosotros en guerras que nadie nos explicó y de las que no sacamos más que miseria y miedo. Liborio quedó sitiado, y resistió junto con unos pocos compañeros un asedio de terror,

Relatos

en el que uno no podía saber si era mejor resistir hasta el final o volarte la cabeza antes de llegar al final capturado por los temibles moros. Sobrevivió de milagro o por intercesión de su madre sierra, tierra celosa que lo reclamó para sí. Cuando apareció por la cuesta creyeron ver un fantasma. Fue uno de los pocos que la guerra de África escupió, sin quedárselos para sí en sus entrañas repugnantes. Otros no corrieron mejor suerte. Por aquellos días hasta el agua de la sierra arrastraba el mismo rumor: ... pero ¿qué se nos habrá perdido a nosotros en aquellas tierras?... el mismo rumor que como letanía siguen murmurando las madres de los de a pie de cualquier parte del mundo. Seguimos siendo los que ponemos la sangre y nos quedamos a cambio con la misma miseria que teníamos antes de empezar. Y los que engordan como pulgas a nuestra costa son siempre los mismos.

Luego llegó la otra guerra, la peor. Se llevaron otra vez a nuestros hijos, a nuestros maridos, y la historia volvió a empezar. Sólo que esta vez peor. Las mujeres labramos, segamos, nos ocupamos de los críos y del ganado. Lo mismo que hacíamos antes. Pero esta vez solas. Los inviernos eran aún más crudos con la cama vacía. Ahora teníamos el hogar y el corazón helado. Pero había que seguir. Y seguimos. Todas nosotras. Mientras ellos sufrían el terror, el frío y el hambre en el frente nosotras seguíamos amasando pan. Con el corazón encogido. Esperando noticias y a la vez deseando que no llegaran. Nosotras, mujeres de piedra y agua, capaces de resistir los embates del agua pero moldeándonos con su curso. Solo que, a veces, el hielo nos partía el alma de piedra. Y teníamos que recomponernos. Pero no había tiempo, nuestro corazón de espiga debía reverdecer.

Algunos hombres volvieron del frente y otros no. Debimos ayudarles a recomponer su alma, enferma de pólvora y miedo. Algunos hicieron un largo viaje hasta reencontrarse. Tu abuelo que dejó una de sus piernas en algún lugar de Teruel. Volver a su sierra, labrar, segar, trillar, era tan difícil que a veces pasamos tanto miedo como cuando estaba en el frente. Miedo a que se quisiera ir. Pero lo que la tierra te da, la tierra te quita, y el corazón de espiga se transformó. Y cambió el arado por las tijeras y la aguja. Y salió adelante.

Otros volvieron enfermos, como Pedro. De nada sirvieron su acordeón ni su buena planta. Se apagó lentamente, en su sierra.

Y detrás de cada uno de ellos, una mujer de piedra y agua. Mujer como la sierra que da brisa y espiga. Como la primavera que nos da el pasto nuestro de cada día. No, no ha sido fácil la vida para nosotros. Endureciéndonos con los hielos, las manos cuarteadas. Masticando el calor del verano en las siegas. Caminando aún de noche, para llegar a los piazos, con el temor a encontramos a maquis y guardias. Con nuestra manta y el hato como compañeros.

Pero un día nos rebelamos contra esa sierra cruel. Nuestros hijos comenzaron un lento éxodo al principio, gota a gota, y cuando esos primeros se habían establecido (decididos, mujer, aquí se está bien, trabajo no falta, Juan Francisco y yo os echaremos una mano, venid a casa...); (ha llamado mi marido, ha dejado recado que ya le encontró algo a tu marido, yo ya me he decidido, me voy, así que si vais vosotros podíamos ir juntos...). Empezaron las despedidas, pero distancia llama a distancia, así que poco a poco fuimos marchando, casi huyendo, con temor. (Qué nos íbamos a encontrar allí, dios mío, a saber como será aquello, dicen que es tan grande. Pero también que hay mucha gente que viene de fuera como nosotros y que...). Los hombres marchaban primero, y luego los seguían las mujeres y los críos. Hubo hasta pueblos que fueron vendidos, como un último desquite rencoroso a la tierra helada que tanto sudor nos había requerido. Y la sierra, despechada, fue haciéndose poco a poco con sus calles y sus casas.

Así fue como quedaron unos cuantos jóvenes en el pueblo -que siguieron algunos con la labor, otros con el ganado, ganando el pan-, y unos muchos viejos, agarrados a nuestras cuatro ovejas y el huerto, esperando que volviesen los hijos en agosto para trillar las cuatro mieses

Relatos

que manteníamos. Esperando como agua de mayo aquellas cartas (“queridos padres, espero que al recibo de la presente se encuentren ustedes bien. Nosotros bien, gracias a dios, aquí no falta el trabajo, y hay que hacer muchas horas, y doblar muchos domingos, pero gracias a dios no falta. El chiquitín les manda muchos besos y dice que les diga...”). Los inviernos se nos tiraban encima cada vez más duros. Y muchos de nosotros, viejos ya para la aventura de buscar otros horizontes, hicimos la maleta y nos fuimos tras los hijos, a aquella capital lejana, esperando alejarnos por fin de las fatigas, lo único que nos había dado la sierra hasta entonces.

Y aquella sierra madre y cruel, de tierra árida y fértil, regada por nuestro sudor y nuestras manos encallecidas, nos empezó a llamar cada vez más queda. Y nuestros hijos se despertaban soñando con el trillo antes de que sonara el despertador para ir a la fábrica. Y nosotros no podíamos despegarnos de ella y añorábamos la llegada de la primavera para volar hacia nuestra sierra. Y aprendimos a vivir en pisos pequeños oliendo nuestro corral y nuestro huerto, y volviendo como golondrinas con la marcha de las nieves. Y recordábamos nuestras fiestas, el Rosario, la Caridad, los Mayos. La salida de la misa, con aquel sol de invierno. El mus y la copita en el bar de la Avelina. Y nos juntábamos con los nuestros en aquellas capitales tan lejanas de nuestras casas, con nuestras vecinas de allá, nuestros primos, nuestros sobrinos.

Y reverdecíamos como nuestros rosales cuando bajábamos de la Campichuelense en la plaza del pueblo, y abríamos nuestras casas que crujían con un quejido silencioso, reprochándonos el tiempo de olvido. Y las aireábamos y salíamos a saludar —a las vecinas, y nos dábamos nuevas del tiempo transcurrido.

Y así, nos dimos cuenta de que nunca podríamos escapar de aquella sierra madre, cuna de labor, de pasto, que tantas penurias nos había hecho pasar y en la que tanto miedo habíamos pasado siendo unos zagaes aquellas noches terribles al raso con las ovejas. Aquella sierra no nos iba a dejar escapar. Y nos llamaba y la soñábamos, y era allí al lugar al que queríamos volver para morir.

Pero las madres crueles son abuelas consentidoras. Por eso, nuestros nietos encontraron en esa sierra un refugio, un lugar apacible en el que descansar y soñar. Y vimos como, tras la marcha, nuestros hijos volvían una y otra vez, tan incapaces de separarse de ella como nosotros. Y los hijos de nuestros hijos, que no habían nacido allí, empezaron también a añorarse de estas tierras, en una especie de maldición que la sierra madre había tejido. Si hasta tú, nieta mía, dices que esta es tu tierra y aquello de allá es tu asfalto. Y aquí vamos volviendo todos, despacio, inexorablemente, a este rincón. A esta tierra de penurias y heladas.

Pero tampoco me quejo, nieta. Yo he de decirte que, pese a las fatigas, el frío, los momentos de hambre, el trabajo duro, pese a todo ello, he sido feliz. Y creo que esta madre sierra me ha tratado bien; he tenido tres hijos como soles y un montón de nietos. Hasta he podido ver a mis bisnietos. Esta sierra nos ha hecho como ella, duras y tiernas. De piedra y de agua.

Elena Mayordomo.